
Capítulo 1

Sangre y felicidad

Todos hemos imaginado alguna vez cómo sería la felicidad absoluta. Un río de emociones descontroladas, un estado de plenitud que recorre nuestro cuerpo. La imposibilidad de definir el más alto grado de bienestar, muy parecido al enamoramiento en su momento más álgido, a la risa descontrolada de un bebé, al amor de una madre o un padre durmiendo mientras huele y toca a su hijo. A menudo lo imagino como un torrente de agua templada que choca contra mí, temperando mi organismo, como estar debajo de una cascada fría en el día más caluroso del año. Puede que mi concepto de felicidad no sea tan exigente como el de otros, pero siempre lo imagino en relación con el agua, con su exceso, con saciar mi sed y regular mi temperatura.

En mi vida diaria me aproximo a ese estado cuando secciono el cráneo, la cara o el cuello de mis pacientes. Tras el primer corte admiro cómo brota la sangre empapando las gasas y los guantes de un rojo vivo, oxigenado, que tiñe todo a su alrededor; es una sensación de poder indescriptible, casi orgásmica. En ocasiones veo ese rojo en las puertas de sol, en el escaparate de una tienda

de diseño, en el cuadro de algún pintor o en la escena de alguna película. Me atrapa, me hipnotiza, incluso en ocasiones me hace llorar. No hay placer igual a cortar la piel de una persona con la hoja del bisturí. Sabes que dejas tu marca en ella para siempre, una firma que llevará hasta que muera. Otras profesiones dejan otro tipo de firma: los notarios con su pluma, los arquitectos con sus edificios, los cocineros con su efímera firma del placer sensitivo del gusto y del olfato que queda en la memoria, los músicos con sus partituras, su voz, sus instrumentos... Los cirujanos con nuestro bisturí. Cuando este se adentra en la dermis de una forma precisa es como tocar el lomo de una alpaca, suave, liviano, dulce. Al seccionar los vasos sanguíneos la rúbrica cobra vida brotando de ella un agua roja envolvente, que me abraza, no solamente del increíble pigmento sino también de la calidez corporal. La temperatura de los quirófanos está entre veinte y veintitrés grados y la corporal es de unos treinta y seis, por lo que percibo el tibio líquido de forma inmediata.

Inmerso en ese momento, siento mis lágrimas brotar enrojecidas e imagino cómo el personal de quirófano mirará horrorizado cómo, cual virgen de turno, sangro por los ojos.

En este momento deseo que el quirófano esté en silencio, que nada ni nadie me distraiga; disfruto del placer de forma plena, en paz, en concentración.

El tacto de la sangre es aterciopelado, de una viscosidad variable que se desliza entre los dedos, lubrica los guantes y hace resbalar el bisturí. Si el paciente es obeso, el fluir del líquido es pesado, aceitoso, comparado a la sensación que tenemos cuando, al amasar pan, añadimos el aceite que transforma la masa pegajosa en fluida. Puedo adivinar la cantidad de lípidos que contiene y juego a acertar el número de colesterol y triglicéridos del resultado de la analítica preoperatoria. La imagino en contacto con fuego donde la carne del paciente obeso ardería con más facilidad que

la del paciente flaco. Dependiendo, claro está, de qué parte del cuerpo cautericemos. No es lo mismo abrasar un hígado donde la concentración de grasa es mayor que parte de un músculo.

Sé que muchos de mis compañeros cirujanos estarán de acuerdo cuando lean estas palabras y recordarán esa aceitosa sangre que fluye con más dificultad dentro del organismo de estas personas.

Oler a sangre es oler a hierro, impregna mi olfato, como si inrustaran un metal oxidado en mis fosas nasales; tras estar en contacto con ella siento su aroma durante días. Al degustarla saboreo sus moléculas de hemoglobina formadas por hierro y que condicionan que el gusto ferroso sea más o menos acentuado. Pacientes con anemia severa por déficit de hierro tendrán menos gusto y pacientes con un hematocrito (cantidad de glóbulos rojos en sangre) muy alto, como en el caso de gente que vive a altitudes muy elevadas o ciertas enfermedades en los que los glóbulos rojos son muy abundantes, esa sangre tendrá un gusto ferroso increíble, parecido a chupar una barandilla metálica en una plaza.

A los humanos nos gusta la sangre.

Comemos animales y al hacerlo también la bebemos. Los chefs más prestigiosos nos enseñan que hay que notar el gusto sanguíneo para apreciar sus platos. Existen tribus como la de los Bodi en Etiopía, en la que los hombres compiten para estar más gordos a base de la ingesta de sangre y leche de vaca.

No únicamente comemos y bebemos sangre. El asesino en serie siente placer mientras observa cómo desangra a su víctima. Le atribuimos poderes mágicos, demoníacos, curativos y milagrosos. A algunos nos gusta mezclar sangre y sexo para aumentar el placer visual y sensitivo.

Cuando todos mis sentidos están inmersos en este fluido humano, me transformo en lo que ya soy, en sangre, en carne, en vida. Me sumerjo en el líquido que recorre mis venas, tiñe mi cuerpo y disfruto de él con cada célula del organismo. Aparecer

ensangrentado es una imagen terrorífica no ajena a nuestra naturaleza. Cuando nacemos, nacemos en sangre, sangre de nuestras madres, sangre mezclada con líquido amniótico que también proviene de estas. Nuestra cultura ha hecho que relacionemos el líquido vital con la violencia, con el morbo, con el terror, con el dolor, con la muerte. Ciertamente es un signo de alarma ancestral que está en nuestros genes. Un instinto de supervivencia que nos alerta de que si hay sangre en nosotros o en nuestra manada, es que algo va mal, una amenaza propia o externa que hay que eliminar. En cambio, yo lo percibo como todo lo contrario, como vida, pasión, esperanza, ilusión, plenitud, alegría.

Ese instante de vida brotando bajo mis dedos es lo más cerca que estoy de la felicidad a excepción de cuando en mis sueños y mi imaginación, debajo de una excepcional cascada, me encuentro en el día más caluroso tomando un baño. Sediento, miro hacia arriba, elevo los brazos con las palmas de mis manos acariciando el suave deslizar del agua, abro la boca y bebo hasta saciarme. Solo puedo superar esa visión cuando el agua que cae es de color rojo.